

SI EL DERECHO ES A UNA CIUDAD VACÍA. VENECIA EN EL DESIERTO DEL MONOCULTIVO TURÍSTICO

CLARA ZANARDI

“Es en el clímax del Carnaval, mientras una cutre escenografía ritual precipita al esquiador Kristian Ghedina desde el campanario de la Piazza San Marco en los brazos del alcalde, cuando llega la decisión de cerrar Venecia para prevenir la difusión del Covid-19.”

EN unos momentos, la ciudad de la laguna se encuentra catapultada de un extremo al otro, desde el exceso de uso antrópico que caracteriza a la máquina de diversiones, hasta la prohibición de acceso prescrita por ordenanzas cada vez más restrictivas. De la capital mundial del turismo de masas a la zona roja en un en un parpadeo corto e incrédulo. Los siguientes son días extraños de aprensión, desconcierto, curiosidad. Por primera vez, lo que parecía haberse adquirido como un derecho inalienable, la movilidad libre, también se niega al Occidente privilegiado. Lo que parecía imposible incluso imaginar, la suspensión del turismo, se convierte en realidad objetiva. Todo en la ciudad está en silencio, excepto las golondrinas y los petirrojos, cuya canción avanza a medida que la presencia del hombre se retira del espacio urbano. Es un silencio lleno de preguntas, pero pobre en respuestas, que recae en una ciudad que ha hecho de la industria del turismo la piedra angular de su economía. Lo hizo segura de poder contar

con un negocio aparentemente imparable, que ha crecido al menos un 7% por año durante décadas, que hasta ahora ninguna crisis global ha podido diluir. Una empresa con tasas de rentabilidad incomparables, capaz de generar rápidamente dinero fácil y seguro, o al menos siempre lo ha parecido.

Píldoras de historia

Fue en los años setenta, después de la inundación más dramática en la historia de Venecia, cuando una nueva sensibilidad ambiental y el ímpetu de una temporada de luchas obreras hicieron evidente la obsolescencia del modelo industrial de Porto Marghera, en el que las clases dominantes del pasado habían apostado. Si Venecia ya no puede ser una ciudad industrial en competencia global, ¿en qué se puede convertir su destino? La crisis del sistema de producción coincide con la expansión del turismo de masas en los años del boom económico. Un llamado demasiado atractivo para ser ignorado: el turismo es la opción más simple, ya está allí, al alcance,

fuerte de la organización capitalista de la hospitalidad ya preparada en la Laguna durante el siglo XIX. Es a partir de este momento cuando la industria del turismo se convierte en el faro guía del desarrollo de la ciudad, en una carrera galopante que recibirá una nueva aceleración en el umbral del 2000, con el nacimiento de vuelos de bajo costo, la expansión de las escapadas urbanas y la explosión de receptividad extra-hotelera. Mientras tanto, la población de la ciudad lagunar continúa disminuyendo, con picos de 5.000 expulsados por año entre los años 1950 y 1960, para luego asentarse alrededor de 1000 en tiempos más recientes. Un verdadero éxodo de los habitantes, que se trasladaron en masa a los alrededores, expulsados de la refuncionalización terciaria de la ciudad lagunar. Aquí, los

precios de la vivienda se han vuelto insostenibles en relación con su calidad. Por lo tanto, Venecia se transforma en una ciudad de casas vacías, segundas residencias, residencias de lujo. En un segundo momento, en un dormitorio turístico extendido, compuesto por dependencias, alojamientos turísticos y viviendas de usos turísticos. Al final, de los 175 000 habitantes de la posguerra permanecen hoy alrededor de 52 000. Sin embargo, la clase media, trabajadora y administrativa, que ya no puede vivir allí, regresa diariamente a la ciudad lagunar para trabajar en oficinas y tiendas: en 1964, los pasajeros que entraban ya eran 16 800, el 33% de la población empleable. Venecia se convierte así en un paradigma. Sin embargo, no por la singularidad de su morfología ni por su historia milenaria,

Espacio urbano vacío durante la pandemia de Covid-19. Foto: Anna Pruckmayer.



sino como el primer experimento italiano de apropiación de toda una ciudad histórica, y de su reorganización funcional como una fábrica. «Como sector productivo finalmente integrado a la máxima velocidad en el marco de la explotación capitalista del territorio»¹.

Así como el Acqua Granda de 1966 había traspasado el velo de la insostenibilidad ambiental del complejo petroquímico, la inundación de noviembre de 2019 puso en primer plano la fragilidad del ecosistema de la ciudad. Ha demostrado empíricamente cuánto ha alterado su equilibrio su hiper-infraestructura, o qué tan expuesta está a los efectos del mismo cambio climático que su economía alimenta diariamente. Unos meses

1. AAVV, *Casa, Esodo, Occupazione. Atti del convegno del PCI*, Venezia, 18-19 Giugno 1973, Editori Riuniti, Roma 1974

más tarde, el sistema de producción dominante, el turístico, se ve sacudido por el primer arresto global en su historia. Los fundamentos de la subsistencia veneciana, y de toda la región que gravita a su alrededor, se demuestran una vez más frágiles e inestables. Una vez más, la ciudad de la laguna está llamada a convertir su economía. E incluso si no es un apocalipsis, ciertamente estamos en un «intervalo. Una pausa de silencio en el ruido, que puede ser productiva o ser el prelude de una confirmación, si no una agravación, del orden (o desorden) anterior»².

Una Venecia a la inversa

Mientras tanto, después de bloquear el acceso a los llamados *city users* (estudiantes, turistas, trabajadores de

Tráfico de góndolas en una jornada turística normal. Foto: Clara Zanardi.



cercanías), los pocos habitantes miran a su alrededor, animados por sentimientos ambivalentes. Por un lado, después de haber perdido progresivamente el espacio público a causa de la industria turística durante décadas, redescubren el placer de disfrutar de la ciudad sin ser molestados, finalmente libres de las grandes "masas" de visitantes, de la contaminación, del ruido y del desorden generados por las actividades turísticas, y del peligro del *moto ondoso* (movimiento de las olas). Por otro lado, debido a restricciones de movilidad, solo pueden tocar este placer, sin poder disfrutar de forma natural del espacio lagunar y su potencial. Una gran paradoja, por la cual de repente nos encontramos en un espacio público libre, pero sin poder disponer libremente de él, con el temor de que desaparezca como un sueño demasiado corto al final del confinamiento.

Pero junto con el placer de la ausencia de turistas, que normalmente hacen que ya en primavera la ciudad sea inhabitable, había la consternación por las calles vacías, las persianas bajadas y los balcones cerrados. Venecia, artificialmente purificada por su tránsito, parece de hecho casi desierta. Reducida hasta los huesos y quizás por esta razón realista como nunca lo ha sido, obligada a enfrentarse con lo que queda de sí misma, con lo que se ha convertido. Cuando las tiendas innecesarias están cerradas, uno también se da cuenta de lo pequeño que es lo necesario. De cuantas pocas tiendas hay para los residentes, los mercados y colmados. Lo superfluo, la basura, los grandes nombres, el recuerdo, la comida para llevar, el bar-tienda de vinos-hostería-restaurante, han crecido como una burbuja hipertrófica en el tejido urbano, llenando cada rincón. Ahora que la pandemia hace que la sociedad señorial de masas vuelva al consumo mínimo, gran parte de la ciudad no sirve. Es una Venecia inversa: diseñada durante décadas como destino turístico, se encuentra experimentando la pobreza de su función residencial reducida a los términos mínimos. Incluso los servicios básicos, como el transporte público, han sido diseñados para usuarios turísticos, hasta el punto de poder sufrir el *default* en su ausencia: "el sistema se mantuvo con el dinero del turismo que no volverá", dice el alcalde.

En el vacío, una oportunidad

Sin embargo, si es cierto que es por la conciencia de que las elecciones maduran y el impulso por el cambio brota, esta confrontación con la dura realidad representa al mismo tiempo una oportunidad única para Venecia. «El vacío es un evento formidable. La suspensión es lo más vital que la ciudad ha visto en varias décadas. Es la visión de una posibilidad, de un reinicio. *There is an alternative*»³. Por primera vez, de hecho, es posible

2. Lucia Tozzi, *Dopo il turismo*. Milano: Nottetempo Edizioni, 2020.

concentrarse en las exigencias reales del territorio y en sus necesidades primarias, sin preocuparse de tener antes que eliminar. Ya no es necesario reducir la población para reducir el hacinamiento, como en la posguerra, ni limitar el acceso a los turistas, con todas las dificultades logísticas y legales que esto conlleva. Los torniquetes y los bares parecen aún más ridículos, los cruceros han estallado en su propio horror, las nuevas pistas del aeropuerto son catedrales en el desierto. En lugar de quitar hay que elegir: abrir y ampliar las fisuras que el monocultivo turístico aún no ha podido colonizar, recuperar espacio, recuperando las casas, los campos, las calles, las islas, las aguas.

Como Paola Somma recuerda, de hecho, la salida de la pandemia «será una verdadera guerra de clases, cuyo resultado dependerá en gran medida de quién conquistará el espacio público»⁴. La vida urbana podría así comenzar nuevamente desde su núcleo fundador para reconstituirse: desde sus habitantes y desde aquellos que hasta ahora no han podido establecerse mientras lo deseaban, desde su territorio incomparable, desde su patrimonio construido, desde sus espacios, desde sus actividades tradicionales. Desde un trabajo digno, diferente de la mano de obra poco calificada y mal pagada empleada en la hostelería y la restauración, despedida sin ninguna protección ante el menor indicio de crisis.

Se trata de reclamar finalmente el valor de uso de la ciudad y sus lugares, frente a un valor de cambio impuesto, que a lo largo de los años los ha transformado en mercancías, en espacios privatizados y sustraídos a la comunidad. Construir y mantener una ciudad para las personas, no para la ganancia⁵, defendiendo el modelo de vida arraigada a largo plazo, en lugar de perseguir un cosmopolitismo hecho de superficies homologadas para ser cruzadas y consumidas (exactamente lo contrario del *Belong Anywhere* promocionado por Airbnb). Finalmente, para garantizar ese *right to stay put* (derecho a quedarse), que es una condición indispensable de la reivindicación del derecho a la ciudad, ya no en los viejos términos de la pertenencia identitaria, sino de una visión política que implique a los habitantes en la gestión de su propio territorio, urbano o no.

Dar cuerpo al concepto integral de derecho a la ciudad significa, de hecho, recuperar su sentido lefebvriano de "autogestión generalizada", que no se reduce al derecho a una vivienda más digna, a alquileres más bajos, etc., en el marco de la ciudad capitalista, sino que

3. Lucia Tozzi, *Dopo il turismo*. Milano: Nottetempo Edizioni, 2020.

4. Paola Somma, "Solo la scuola può salvarci dai piazzisti di San Marco", www.emergenzacultura.org, 05/05/2020

5. Neil Brenner, Peter Marcuse, Margit Mayer, *Cities for people, not for profit: Critical urban theory and the right to the city*, Routledge, 2012.

se materializa en una reivindicación más amplia de «una vida muy diferente en el contexto de una sociedad que a su vez es muy diferente, mucho más justa»⁶. Es decir, una sociedad no capitalista, en la que no solo estamos llamados a "participar", de una manera más o menos escenográfica, sino que pedimos autogestionar. Con todas las dificultades, las incógnitas y las tremendas responsabilidades que esto implica.

La política de rebote

Sin embargo, el presente y el futuro todavía parecen estar muy lejos de ese escenario, dominado, en cambio, por una política de arriba hacia abajo, que asume ciegamente los errores de todos los tiempos, con la obstinación rítmica de un reloj de cuco. Como es evidente en Venecia, donde nunca como ahora la posibilidad de salvar a la ciudad de la decadencia podría salir de los eslóganes retóricos y convertirse en realidad, ya que el cambio hacia un sistema económico diversificado ya no es solo un deseo, sino un paso imprescindible.

En cambio, en medio de la crisis viral, el alcalde se prestó a un vergonzosa escena en compañía de Zucchero, en el contexto de una plaza de San Marco desertificada para la ocasión, dejándose llevar a una oda lírica al turismo. ¿Su visión del futuro de la

6. Marcelo Lopes De Souza, "Which right to which city? In defence of political-strategic clarity", *Interface*, 2.1, 2010, pp. 315-333.

ciudad? Reiniciar desde el turismo, desde espectáculos, desde eventos, relanzando Venecia con un gran ciclo de conciertos en el agua. En resumen, un circo en el que ni siquiera se contempla a los habitantes. Idea adoptada por el concejal de turismo de la región, que ofrece hospedar «gratis y con gratitud a todas las personas famosas que quieran ir a esta tierra histórica».

De hecho, el objeto de deseo de los políticos locales no es -como nunca ha sido- una ciudad vital, de nuevo habitada y vivida, sino el testimonio, que lleva a una Venezia de papel maché al centro de la escena mediática mundial. Un pensamiento único que cruza todas las corrientes políticas, tanto que otro candidato a la alcaldía en las elecciones municipales, Baretta, iba prometiendo mientras tanto grandes incentivos para la industria turística, junto con excepciones regulatorias y simplificaciones administrativas, suspensión de impuestos, bonus para las vacaciones y préstamos no reembolsables. De hecho, como señaló con tristeza, «nuestra primera tarea es traer de vuelta a los turistas».

En lugar de comenzar una reflexión crítica imprescindible sobre los límites, las debilidades y las externalidades negativas de la industria turística, evidentes ahora como nunca, en todos los niveles de gobierno se procede para recuperar el modelo anterior. Peor aún, se impulsa un reinicio acelerado, un crecimiento a toda costa para recuperar los

Uso libre de un espacio lagunar insólitamente tranquilo. Foto: Clara Zanardi.



beneficios perdidos, sacrificando procedimientos burocráticos, regulaciones urbanísticas, límites legales, restricciones medioambientales. A costa sobre todo del espacio público, o lo que queda de él, que en forma cada vez más masiva tendrá que ser usurpado al uso colectivo para dar más espacio al negocio. Y así, los establecimientos privados se expanden en las pocas playas libres que quedan, mientras que las mesas de bares y restaurantes ocupan de forma gratuita cada centímetro de calles y plazas. Con el riesgo de que el retorno no sea simplemente a una normalidad ya insostenible y patógena, sino a una normalidad hiperacelerada, aún más indiferente al derecho a la ciudad de las personas y al libre uso del espacio y de los bienes colectivos. Por lo tanto, no es casualidad que el documento de propuestas presentado por el alcalde de Venecia para «contrarrestar la emergencia y comenzar de nuevo con un nuevo impulso» se llame *#Rimbalzaltalia*. De hecho, la visión es la de una ciudad que rebota, que choca con un obstáculo y retrocede, permaneciendo igual a sí misma. Es el acto estúpido de aquellos que son incapaces de transformarse y organizarse en relación con la realidad de las cosas y sus cambios, pero simplemente son arrojados aquí y allá por eventos como una pelota de goma.

Sin embargo, una ciudad que rebota no es aquella en la que sus habitantes desean vivir, porque esta es la ciudad que, si no los ha expulsado hasta ahora, los expulsará mañana, a favor de otro tipo de actores. El drama del turismo es precisamente esto: es una operación de "taxidermia urbana"⁷, que no solo expulsa a las clases medias bajas de los centros de las ciudades para reemplazarlas con la clase rica, como sucede en los clásicos procesos de gentrificación, sino que vacía ciudades enteras, agotando los recursos humanos, ambientales, culturales y económicos. Por lo tanto, el resultado final no es solo una ciudad de gente rica, sino una ciudad de usuarios transitorios, sin habitantes. Una pendiente por la que Venecia ha estado yendo durante años, una triste advertencia para todos los demás núcleos urbanos del planeta.

7. Marco D'Eramo, *Il selfie del mondo: indagine sull'età del turismo*, Feltrinelli 2017.

NOTA SOBRE LA AUTORA

Clara Zanardi. Antropóloga urbana y activista para el decrecimiento turístico. Graduada en filosofía, es doctora en Historia de las sociedades e instituciones de la Universidad de Trieste con una investigación sobre el éxodo de los habitantes de Venecia de la ciudad. Vive y trabaja en Venecia, donde se ocupa de turistificación, desigualdades urbanas y procesos de desplazamiento. Es la autora de *Sul filo della presenza*. Ernesto De Martino fra filosofia e antropologia (Unicopli, 2011).

En un entorno de este tipo, se produce lo que Bauman llamó *tourist syndrome*, donde el habitar termina a su vez tomando la forma de la experiencia turística y «la presunción de temporalidad está inscrita en la forma de ser y comportarse». Con la consecuencia de que se renuncie a cualquier esfuerzo prolongado hacia la creación de un *modus vivendi* compartido, para moverse de un lugar a otro en un "pasto" ininterrumpido, se evita el esfuerzo inherente a construir relaciones estables y duraderas con el propio contexto y con la comunidad que lo habita y, finalmente, se evita cualquier forma de conflicto o lucha social⁸.

¿Cómo, entonces, se puede reclamar desde ese lugar un derecho real y efectivo a la ciudad? ¿Qué habitantes quedan para reclamarlo? ¿Qué sujetos pueden organizarse para conquistar el derecho de remodelar y autogestionar el territorio? ¿Y qué derecho se puede invocar finalmente a una ciudad vacía?

Estas son preguntas a las que actualmente no es fácil responder, pero al menos nos guían para invertir el orden de prioridades y subvertir el orden común del discurso. No se trata de cómo traer de vuelta a los turistas, el único problema que parece ocupar el debate público hoy, sino cómo llevar a los habitantes a una ciudad vaciada por el turismo.

Después de todo, la clave para la supervivencia milenaria de Venecia ha sido precisamente la capacidad de no ser víctima de estructuras rígidas, sino de modularse continuamente según las tensiones más diferentes. De reducirse y expandirse a lo largo de los siglos. De transformarse, en lugar de rebotar, anticipando las tendencias globales a pesar de su molecularidad insular. Una tarea a la que se le llama incluso hoy, quizás de una forma más urgente y radical, para convertir radicalmente su economía y su organización política y no encontrarse una vez más árida y áspera en el desierto del monocultivo turístico.

8. Adrian Franklin, "The tourist syndrome: An interview with Zygmunt Bauman", *Tourist studies* 3.2, 2003, pp. 205-217.

Traducción: Emanuela Bove.